

¿PARA QUÉ LA DEMOCRACIA?

Riesgos de la selva democrática

Sea como fuere, cuando en el poder entran a saco partidos que actúan a modo de mafias gubernativas, la democracia formal dista mucho de haber alcanzado su condición de democracia real, y con frecuencia se oyen voces afirmando que la política es el arte de obtener dinero de los ricos y votos de los pobres para proteger a unos de otros.

.....
Luis Ayala

Asamblea Libertaria. Bolivia.

Partitocracia o prepotencia de los grupos parlamentarios

Según los partidos se van consolidando y adquiriendo preponderancia social y representativa, la necesidad de mostrar una imagen de unidad interna, la de racionalizar los recursos o las estrategias, la de codearse con las élites de las organizaciones públicas y privadas, son factores que inciden más de la debida cuenta en la tendencia a la centralización y burocratización de los grupos parlamentarios. De todos modos, cuanto más poder gana el partido tanto menos la mayoría de sus propios miembros, los cuales, como simples diputaditos de a pie, se limitan a obedecer la orden de su *speaker* o portavoz, de suerte que al final, después de tanto ruido electoral, los ilustres «representantes de la nación» se pasan la vida apretando el botón según órdenes superiores e indiscutibles: son los diputados-llave, así denominados porque manejan la llave del tablero electrónico donde aparece reflejado su voto, y eso es casi todo lo que hacen a lo largo de su carrera parlamentaria.

Sea como fuere, cuando en el poder entran a saco partidos que actúan a modo de mafias gubernativas, la democracia formal dista mucho de haber alcanzado su condición de democracia real, y con frecuencia se oyen voces afirmando que la política es el arte de obtener dinero de los ricos y votos de los pobres para proteger a unos de otros; servirse de los hombres haciéndoles creer que se les sirve a ellos; hacer marchar del brazo la verdad y la mentira de modo que quienes la vean no sepan cuál es la mentira y cuál es la verdad; oprimir al pueblo por el pueblo en interés del pueblo; hacer a los otros lo que no quisiéramos que nos hicieran a nosotros; no de hacer felices a los hombres, sino de depravarlos para oprimirlos; si el arte de la guerra es el arte de destruir a los hombres, el de la política es el de engañarlos.

¿PARA QUÉ LA DEMOCRACIA?

Privilegios y deshonestidades

Los legisladores se autoconfieren prebendas superiores, privilegios, regalos, etc. Resulta execrable la pretensión de impunidad política de los gobernantes, que se blindan y privilegian cual extraterrestres. Esto da lugar a una situación estructuralmente injusta porque procede de privilegios que llevan directamente al humor negro (Ministro de Hacienda: Mikedo Kontodo), a la rapiña (la democracia como cleptocracia), al tráfico de influencias, etc.

Las campañas y propagandas electorales instrumentalizadoras, los insultos, la consideración de la política como un mercado, suelen dar lugar a una actuación partidista atrapaalotodo (*catch-all-party*) que pone en tela de juicio la fecundidad de esos partidos para la construcción de una ciudad armoniosa. Cierta mexicana fue enviada por su partido en el poder a presentarse como candidato a diputado a su Estado natal. Era joven e inexperto y se lanzó a hacer su campaña con todo entusiasmo. La noche de las elecciones esperaba en su hotel los resultados, cuando se presentó un funcionario electoral a preguntarle: «licenciado, ¿con qué porcentaje de votos quiere ganar?». También cuenta que, cuando un político terminó su gestión se encontró con un viejo amigo que le preguntó: «¿fuiste honesto en el ejercicio del poder?» «Bueno... honesto no, pero honesto sí». Y también esto otro: en cierto mitin electoral era tal el número de acarreados llevados en autobús para hacer masa, que los funcionarios del partido, temiendo que se pudieran volver a sus casas, les regalaban un par de zapatos a cada campesino que llegaba al recinto; lo asombroso fue que un zapato se lo daban al inicio del mitin, y el otro al terminar.

Contaminación de lo público con lo privado

La internacionalización del capital y la eliminación de las fronteras permite a las oligarquías plutocráticas (el gobierno de unos pocos enriquecidos) la posibilidad de imponer condiciones para el establecimiento de sus capitales en tal o cual país por ellos elegido, de suerte que, si no obtienen privilegios desorbitados amenazan con irse a otros países, lo que con frecuencia fuerza a los Estados más pobres a claudicar.

Por eso se mezclan en confusa amalgama los gestores de la cosa pública y los empresarios privados, los cuales pactan directamente con el Estado las condiciones económicas que les resultan más beneficiosas, dándose trato de favor y todo tipo de exenciones a los inversores con gran poder económico (y así —por ejemplo— cuando dos bancos desean fusionarse exponen primero sus in-

tenciones al Ministerio de Economía y Hacienda y pactan con él las condiciones de la fusión proyectada, obteniendo asombrosas ventajas fiscales, por otra parte nunca del todo conocidas por el común) mientras a los ciudadanos corrientes se les frie a impuestos.

Infidelidad al votante

La tendencia a la conquista de un espacio electoral lo más amplio posible ha flexibilizado la posibilidad de llegar a acuerdos poselectorales entre distintos partidos, al tiempo que ha disminuido buena parte de los aspectos más supuestamente radicales o innegociables de los programas respectivos, produciéndose después de las elecciones coaliciones que en sí mismas constituirían un delito contra la lógica, transfuguismos (¿cómo se permite la fuga de un diputado a otro partido, si no recibió los votos para ello? ¿a quién pertenece entonces el acta de diputado, al votante o al votado, qué grado de autonomía se le supone al votado para hacer lo que quiera con los votos emanados de las urnas? ¿quién controla al votado?), todo lo cual desacredita a «sus señorías» y al juego partidocrático.

Descontrol de los supuestos controladores

Brilla por su ausencia el control de los medios de financiación de los partidos políticos, después de haber procurado el poder ejecutivo (el gobierno) invadir el poder judicial (saltándose a la torera la separación de poderes recomendada por Montesquieu como la base de todo Estado de derecho). Ahora bien, ¿quién controlará a los descontroladores, nuevos controladores que vuelvan a descontrolar, y así sucesivamente?

Desmoralización pública por agravio comparativo

Se agigante la irresponsabilidad financiera y la prepotencia y corrupción de los funcionarios, con su correspondiente impacto en la desmoralización pública.

Se escamotean y burlan con espesas redes y tramas los controles fiscales defraudando comparativamente a los contribuyentes pequeños.

Judicialización de la vida parlamentaria

En última instancia la vida social se judicializa hasta el extremo de estar un día sí y otro no sentada en el banquillo de los acusados, al final nunca castigados: mala forma de convivir. Entonces se da el siguiente ritmo:

— Surge el escándalo.

¿PARA QUÉ LA DEMOCRACIA?

— A él sigue una reacción autodefensiva: todo (según el poder) es una campaña de infundios urdida por presuntos complots universales.

— Viene luego el turno de las comisiones investigadoras, de las que no se saca nada en claro, con olvido del escándalo.

— Y vuelta a empezar.

A su vez: Lo ocurrido tiene carácter excepcional e infrecuente cuando el nuevo gobierno llega al poder. Más tarde comienza a convertirse en zona franca, autopermisiva, aliviadero de tensiones. En adelante pasa a ser razón de ser del gobierno, que necesita defenderse a sí mismo. A partir de ahora (no hay mejor defensa que un buen

ataque) pasa a la acción como elemento multiplicador de violencia (bandas parapoliciales, fondos para pagar cómplices, etc). Se distribuyen al antojo de unos pocos los fondos reservados (fondos con doble fondo, fondos para pagar pistoleros y terroristas de Estado, para premiar corruptelas) y que deberían ser los primeros en volverse transparentes, pues de lo contrario las zonas de opacidad del Estado son cada vez mayores mientras crece la impotencia y el sentimiento de encontrarse mal tratadas entre las masas populares cuyas cuentas por contrapartida se quieren absolutamente limpias, claras y transparentes. De ahí la permanente situación de desconfianza y sospecha.